

## LA RELIGION DE ISRAEL, RELIGION DE PLENITUD HUMANA

MARGARITA RIBER.

La psicología profunda asegura que en todos hay dos tendencias básicas, constitutivas del ser humano: un ansia de plenitud, de intensidad, de saciedad y, también, un ansia de seguridad.

Paradójicamente —y este es el drama humano— estas dos tendencias están opuestas entre sí. Por eso un hombre que vive en ansia de intensidad, tiene más capacidad para el riesgo. Si llegara a aumentar demasiado el margen del riesgo, pondría en peligro la vida misma. Por el contrario, quien tenga un ansia preponderante o exclusiva de seguridad, reducirá al mínimo la posibilidad del riesgo, e igualmente, puede llegar por este camino a poner en peligro la vida misma.

Los historiadores de las religiones ven una perfecta correspondencia entre estas dos tendencias constitutivas del hombre y las llamadas religiones «estáticas» y «dinámicas» y llamadas también, respectivamente, siguiendo la terminología de Moltmann, religiones de «epifanía» y religiones de «promesa»<sup>1</sup>.

Las religiones estáticas o de «epifanía» son las que tienen como principal objetivo el arropar la seguridad del hombre. Como

---

1. JURGEN MOLTSMANN, *Teología de la Esperanza*. Sígueme, Salamanca 1969, pp. 122-198.

nos encontramos con que por doquier se atenta contra esta seguridad —atenta la realidad, atenta el tiempo, atenta nuestra corporeidad y temporeidad—, las religiones de epifanía o estáticas tratarán por todos medios de evitar ese peligro. Unas veces la defensa se hará con una simple negación del problema: «Nada cambia. Nada ocurre», decía ya el viejo Parménides. Otras será la evasión o bien el rechazo del peligro: es ya clásico el rechazo del cuerpo y de la materia en todas las religiones estáticas. Más frecuentemente se buscará la seguridad mediante una unión mágica con el lugar y con la naturaleza cíclica. Así queda santificado y sin peligrosidad el tiempo y el espacio.

Las religiones estáticas suelen tener dos estadios bien definidos. En un primer estadio la religión se muestra más inmediatamente naturalista: no habrá más salvación que la que ofrezca la naturaleza o el lugar santificado con ritos que vinculan tiempo y eternidad. En un segundo estadio, se mostrarán más elaboradas, más complejas. Ej.: ciertas formas gnósticas del neoplatonismo.

El común denominador de las religiones de «epifanía» será el moverse en un presupuesto de temor, por eso buscan la seguridad. Contrapuesto a este universo de miedo, está el universo bíblico que es de futuro, de espera. Por ser «de promesa», la religión bíblica tiene una dirección-hacia. Es precisamente el dinamismo de su religión lo que permite a Israel conservarse pueblo en medio de circunstancias adversas. Por esa lucha por salvar el yahvismo a lo largo de la historia, es por lo que Israel es él mismo, es decir el pueblo de la promesa, el pueblo de la alianza. Esta lucha está motivada por una forma de fe —dinámica, histórica, tensa al futuro— que no es conciliable con la forma de fe de los cananeos.

Así, Israel permanece fiel a su Dios del desierto en medio de experiencias de sedentarización. Los dioses agrícolas cananeos están vinculados a un lugar. Allí se va para adorarles y para implorarles la fecundidad de la tierra. El dios de los hebreos no se ata a ningún lugar, peregrina con el pueblo y le concede sus victorias. Es tan fuerte, es tan único, que puede hacerse dueño de los viejos lugares de culto cananeos y darles una significación dinámica. Para ver esto, vamos a estudiar los libros sagrados de Josué y de los Jueces desde esta perspectiva. Es decir la primera lucha del yahvismo contra la religión de Canaán,

en la que se afirma como religión histórica. Pero como estos dos libros remontan a su vez los lugares sagrados a los patriarcas (en ansias de esgrimir un título irrefutable de posesión de la tierra prometida), veremos también rápidamente los textos del Génesis a que Josué y Jueces hacen relación.

### ABRAHAM, PEREGRINO DE LUGARES SAGRADOS

Exceptuando Ur de los caldeos, patria de Abraham, y Jarán, primera etapa de su emigración, adonde luego irán los patriarcas a buscar esposa (en ansia incontenible de ser fieles a la promesa, es decir, de ligar pasado y futuro) todos los lugares que aparecen en la historia de Abraham, son toponimias frecuentes en la Biblia. Hay convergencia de indicios, que nos aseguran que los lugares de peregrinación de Abraham son antiguos centros de culto cananaeo. Será la religión yahvista, de raíces y simbología nómada, quien dé un nuevo significado a esos lugares sagrados para la religión estática cananea.

Este es el sentido de que tales sitios se ligen a la historia de Abraham en sus peregrinaciones por la tierra de la promesa. Etapas de un camino que llena una vida: Ur, Jarán, Siquem, Hai, Hebrón, Cadés, Berseba, Betel y, sobre todo, la cueva de Macpela, frente a Mambré, cerca de Hebrón (cf. Gn 12, 4; 12, 5.6; 12, 9; 13, 3; 13, 8; 13, 14; 18, 1; 19, 27; 20, 1; 21, 31; 21, 33; 22, 2; 22, 19; 23, 1; 23, 9; 23, 18; 23, 19; 24, 62).

Abraham no llega a poseer lo que recorre. Los cananeos y sus dioses son los dueños efectivos del país, y lo seguirán siendo por largo tiempo. Pero Abraham erige un altar a Yahvé en las cercanías de cada lugar. Con ello Yahvé toma posesión simbólica de los sitios hasta que llegue la hora de la promesa. De esta forma los antiguos santuarios cananeos vienen a ser jalones de la promesa. El lugar estático del culto, cobra dinamicidad, se convierte en signo.

— «Penetra Abraham hasta el lugar de Siquem, hasta la encina de Moré»... «Y se le aparece Yahvé» (Gen 12, 6-7). Allí Yahvé concretiza por vez primera la bendición que antes diera a Abraham en Caldea.

— En Mambré tiene lugar una de las teofanías más miste-

riosas de la Biblia, que deja tal impronta en el patriarca que por ella se le llama «amigo de Dios» (cf. Gen 18, 1ss.). Por eso cuando el patriarca quiere contemplar la acción de Dios en la historia de los hombres, se va a este lugar santo (cf. Gen 19, 27).

— En Berseba, Abraham planta un tamarisco e invoca el nombre de Yahvé, Dios eterno (cf. Gen 21, 31.33). Recordemos la unión que hay en las religiones naturalistas entre vida y naturaleza.

— La tierra de Moriah, es la que le indica Yahvé a Abraham como lugar apto para el sacrificio de su hijo (cf. Gen 22, 1-2). Después, cuando contra toda la previsión del patriarca la ofrenda se realiza de modo misterioso, Abraham retorna nuevamente a Berseba (v. 19).

Los caminos de Abraham son caminos abiertos, usados. No es el primero en pasar por ellos y otros muchos los seguirán usando. Ya hemos intuido que si tal lugar, tal bosque, árbol o pozo se liga al nombre del patriarca es para que esos lugares sagrados cananeos adquieran una dimensión dinámica. Para Abraham los lugares no son término en sí, sino símbolos de la promesa, están proyectados al futuro, y vendrán a ser garantía de la promesa para sus descendientes. Con esta idea están recogidos en el Génesis y en otros libros históricos del A.T.

Las tradiciones abrahámicas se centran en los santuarios del Sur, en los alrededores de Berseba, sin embargo los caminos de Abraham no conocen las fronteras del norte y del sur, abarcan todo el país. Esto no quiere decir que el patriarca sea un andariego al azar, sino que si Yahvé le manda recorrer el país de norte a sur, y de oriente hasta el mar es para mostrarle lo que un día dará a su descendencia. Para él, tierra y descendencia son dos motivos inseparables. Por eso los nombres de su peregrinar no serán una mera geografía, sino que serán nombres de promesa: simbolizan y anuncian de antemano la futura posesión.

Antes de morir, como supremo triunfo, Abraham logra hacerse con la propiedad de una gruta y de un campo. El contrato de compra y venta es reñido. El dueño del campo, Efrón el hitita, no quiere venderlo. Sabe que con la propiedad traspasa a ese forastero el derecho de ciudadanía. Así la posesión de la tierra prometida comienza con una tumba. En esta tumba pedirán ser enterrados Abraham, Isaac, Jacob con sus respectivas esposas.

La esperanza en «la tierra», cuya posesión comienza en esta tumba, hace de la Biblia el libro de la esperanza. Una esperanza que no se derrumba ante experiencias contradictorias. Una esperanza que los fracasos aparentes hacen surgir más poderosa. Conocerán la derrota, la deportación, la esclavitud, pero no conocerán la muerte de la esperanza. Al contrario, ésta se afirma e interioriza con las diversas vicisitudes, y va tomando sucesivas concreciones: tierra, alianza, reino, liberación, día de Yahvé. En todas ellas late un fondo común: la promesa salvadora de Yahvé.

Isaac y Jacob repetirán los mismos caminos de Abraham. «No bajes a Egipto —dirá Yahvé a Isaac—, sigue habitando en esta tierra, donde yo te diga. Peregrina por ella, que yo estaré contigo y te bendeciré» (Gen 26, 2-3).

Es en el santuario de Guerar, donde Yahvé repite a Isaac la promesa que antes diera a su padre. Isaac aparece también ligado a Berseba, antiguo santuario cananeo del sur. En un curioso duplicado, con respecto a Gen 21, 31, vemos que la acción de Isaac motiva el nombre de Berseba, como si no hubiera sucedido ya otro tanto con Abraham (Cf. Gen 26, 32).

Jacob, figura de fuertes relieves, comparado con Isaac, recorre igualmente los caminos de Abraham, principalmente por el norte. La tradición sacerdotal pinta con expresividad la condición de los patriarcas, al llamarlos *gerîm*, residentes, y a la tierra que recorren *'eretz megurîm*, país de residencia. «Jacob permaneció en la tierra por donde peregrinó su padre, en la tierra de Canaán» (Gen 37, 1). «Mi vida errante —dice Jacob a Faraón— ha sido de ciento treinta años, y no he alcanzado los años de vida errante de mis padres» (Gen 47, 9).

El viejo santuario de Betel va a quedar, sin embargo, estrechamente ligado al peregrino Jacob. Cuando huye de su hermano, allí en un sueño-mensaje sabe que Dios le dará la posesión de la tierra (Gen 28, 13-19) y allí también se marcará el momento más grande de la vida de Jacob, el de su conversión íntegra al yahvismo (Gen 35, 2-3).

Por eso cuando en tiempo de los jueces, Israel trate de conquistar el territorio, lo hará en nombre de esos padres comunes, es decir en función de una *tierra prometida* y de una *descendencia*.

## UN DON Y UNA CONQUISTA EN EL LIBRO DE JOSUE

Todo el libro gira en torno a una conquista que más bien parece como don, pues se conquista a la tierra prometida. Por mirar el libro más a la promesa que a la gesta de los israelitas es lícito en él usar frases como «conquista de *todo* el país» y «descanso frente a los enemigos». Es un punto de vista que no se opone a reconocer la presencia hostil de los cananeos: «No os mezcléis con esas gentes que han quedado en medio de vosotros, no invoquéis el nombre de sus dioses, ni juréis por ellos, ni les sirváis, ni os prosternéis ante ellos, sino adherios a Yahvé, vuestro Dios» (Jos 23, 7-8).

Sí, ahí están los cananeos, y con ellos sus dioses, su culto, su religión, sus ritos. Este será el drama de Israel, su mayor problema. Porque antes de llegar al país, los israelitas tenían fe en Yahvé, le servían a la manera de los nómadas. Una fe sin apego a la tierra. Pero al instalarse en Canaán, país agrícola con religión estática naturalista, surgen problemas insospechados. La vida, el trabajo de la tierra, la vecindad, los desplazamientos, el matrimonio —sobre todo— imponen como inevitables las relaciones con los cananeos. Por tanto es difícil el ignorar la religión de los sedentarios y mucho más difícil todavía el quedar indiferente ante ella. No cabe más que una de estas dos actitudes: o el oponerse tajantemente a ella, o por el contrario, dejarse seducir por su atractivo.

En Canaán había santuarios venerables de amplia irradiación. Hemos visto cómo las diversas tradiciones bíblicas tienden a ligar estos santuarios con los nombres de los patriarcas. El culto que allí se ejercita, consiste en unos ciclos estacionales y agrarios que ejercen gran seducción sobre los nómadas, como si la fertilidad emanara de ellos. Estos santuarios están muy difundidos por todo el país —cada ciudad tiene su «altura»— y los cultos de fecundidad ocupan la mayor parte de las acciones litúrgicas. En efecto se considera cada porción de tierra como lugar de dominio de un *Baal* (palabra que significa a la vez: dueño, señor, propietario, marido) y se le asigna a él el poder generador. Así dependen de él los nacimientos, el crecimiento, la vitalidad, la vida de los hombres y la vegetación.

Con el culto se trata de granjear la benevolencia del Baal.

Con la celebración de las fiestas se apremia su generosidad y su magnificencia. Para ello se tienen ritos de iniciación sexual, así se participa y se propaga la energía vital en prostitución sagrada, cultos fálicos, etc. Se da extraordinaria importancia al misterio de la fecundación: por eso la religión aparece simultáneamente como seductora y como seria. Y los nómadas israelitas acusan el fuerte impacto de esta religión de la tierra, de la naturaleza, de la vida.

Resulta inevitable el encuentro entre la religión del desierto y la religión de la tierra. No se puede negar que de este encuentro hayan venido algunas ventajas para el yahvismo: Yahvé el Dios de la alianza llega a destronar a los dioses del país. Los vence y se apropia de los grandes atributos de los baales. Poco a poco, Yahvé se apodera de los santuarios cananeos, y se le adora en los altos.

Junto a estas ventajas tangibles, hay también serios peligros. El del sincretismo religioso y el del «naturalizar» a Yahvé, haciendo de él un Baal como los otros. No obstante estos riesgos, a los que siguen ciertas defecciones, asistiremos al triunfo del yahvismo. Israel sigue fiel a su religión histórica, religión de promesa, peculiar de los nómadas y no adopta una religión naturalista propia de la cultura sedentaria.

A veces hay claudicaciones, vemos alguna vez un ambiente religioso tan híbrido, tan equívoco que experimentaremos dificultad en precisar los lindes del yahvismo y los de las impregnaciones cananeas. Cuando Israel cede a la tentación y es infiel a Yahvé, éste cesa de «arrojar a estos paganos» (Jos 23, 13) y éstos se tornan en agujones dolorosos para Israel.

Por la promesa del Señor queda siempre un resto fiel que distingue muy bien en la idea y en la vida lo que significan las diferencias entre Yahvé y «otros dioses». En efecto no hay solución posible entre la religión de promesa, de historia, aquella en la que el Señor interviene para salvar a su pueblo y para hablarle por acontecimientos, y entre la religión mitológica naturalista que encierra al hombre en un mundo físico inmediato y le evade de las grandes respuestas personales.

El naturalismo cananeo es fértil en dioses, precisamente porque todos son diferentes a Yahvé. La oposición es tan absoluta que no puede haber sincretismo en profundidad. El discurso

deuteronomico de Josué 23, 1-16 insta a los israelitas a mostrarse firmes y fuertes con los cananeos: la religión de los nómadas es intransigente de por sí. Y para Israel la lucha se dirige menos contra los cananeos que contra sí mismo. Es decir, contra complicidades que cada uno tiene en su corazón con la idolatría, con el naturalismo.

Siempre se presentará el mismo problema, el mismo combate al pueblo de Dios. Esto implica riesgos y dificultades, pero implica también muchas oportunidades de plenitud y, sobre todo, la promesa de vencer. Es un combate de Dios. La Biblia entera, desde la primera tentación (Gen 3) hasta los combates escatológicos del Apocalipsis, nos hace presenciar esta batalla. Tal lucha es inevitable y una condición de fidelidad a la religión de promesa. El eco más punzante de todo esto se hallará en la vehemencia de la predicación profética, predicación que luego el Evangelio precisará y urgirá. Todos los que queramos ser fieles a una religión de promesa experimentaremos en nosotros el drama del encuentro entre un compromiso con lo provisional y periférico o, por el contrario, la paciencia de la esperanza, del tiempo.

Cuando haya un peligro para nuestra fe, tendremos obligación de dar una respuesta dura, tajante. Esta situación difícil fue la que le tocó vivir a Israel en los tiempos de la primera conquista de Josué y en la difícil época de los jueces. La fe es vida y por ello es una elección nada fácil.

#### LA ALIANZA EN SIQUEM COMO CONTINUIDAD DE LA DEL SINAI

Siquem, antigua ciudad cananea, está situada entre el Ebal y el Garizim, montes de Efraim. Los patriarcas se asentaron y levantaron altares en las cercanías de Siquem. Según la tradición, Abraham el arameo, pasó tranquilamente por el viejo santuario cananeo de Siquem (Gen 12, 6), Jacob, su descendiente, compró una parcela de tierra cerca de la ciudad (Gen 33, 16-19) y comenzaron a concertarse matrimonios, como el de un «príncipe del país» con una hija de Jacob (Gen 34, 1-24).

Siquem es un punto central de Palestina y además es clave

en las grandes vías que atraviesan el país. El libro de Josué da a entender que los israelitas dominan Siquem sin tener que empuñar la espada, pues desde la época de los patriarcas tienen allí parientes y aliados. Por todo esto se elige a Siquem como lugar de concentración para celebrar la alianza con Yahvé (cf. Jos 8) 30-35; 24, 25-27).

En Siquem, Yahvé se convierte en el baal de la alianza. Es decir, destrona a Baal... Pero para ser completos, hay que decir que también Baal cede a Yahvé algo de su reputación como señor del lugar y de los cultivos, y le cede también parte en el botín del folklore de los ritos y del culto.

El discurso deuteronomico que forma como el testamento de Josué tiene una importancia grande. La alianza de Siquem es una con la alianza del Sinaí y hace que el libro del Deuteronomio y el libro de Josué sean una historia continua. La unidad de la historia es la misma que la unidad del plan de Dios sobre su pueblo; la misma que va desde la liberación de la servidumbre de Egipto hasta el don de la tierra prometida. «Testigos sois hoy contra vosotros mismos de que habéis elegido a Yahvé para servirle. Quitad, pues, los dioses ajenos que hay entre vosotros, y volved vuestros corazones a Yahvé, Dios de Israel... Josué concluyó aquel día una alianza con el pueblo y le dio en Siquem leyes y mandatos; y escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios» (Jos 24, 22-23.25-26).

La asamblea de Siquem es una asamblea litúrgica, «en presencia de Yahvé» (Jos 24, 1). Así la antigua ciudad cananea se convierte en el centro umbilical del país, de donde salen la unidad y la renovación. La unión y la renovación no consisten más que en algo tan simple como el afirmar (forzados por la historia) que hay una religión israelítica frente a la de los cananeos.

El Dios revelado en el Sinaí se convierte en Siquem en el Dios de todas las tribus de Israel, fusionadas y unificadas. Un santuario cananeo viene a ser así la cuna de la Israel: allí nace Israel, allí Israel se reconoce una continuación histórica y se reconoce él mismo como pueblo elegido de Yahvé.

Fecha memorable, en ella se identifican conquista y don. Porque por la sola ayuda de Yahvé, ha conquistado Israel esa tierra. Consecuentemente en el discurso de despedida de Josué

se repite el verbo «servir». Por ese don, Israel queda obligado a una fidelidad, a una adoración, a una disponibilidad y a un compromiso en todas y cada una de las circunstancias de la vida en que Dios ponga a su pueblo. La alianza es la revelación esencial del yahvismo, el don más extraordinario de Dios, la situación constitutiva del pueblo de Dios, su modo de existencia teologal y fraterna.

En la religión cananea, por ser naturalista y estática, las hierofanías eran un fin en sí mismas y quedaban vinculadas a un determinado lugar. Luego la veneración de los creyentes queda más sensible al mismo lugar que a percibir el mensaje de la hierofanía (si es que lo hubo). Por ser la hierofanía un fin en sí misma, todo lo que esté relacionado con la naturaleza y con la vida puede ser objeto de culto. Así se forman leyendas maravillosas sobre el culto local, que a su vez transmiten la etiología de tales lugares santificados. Así el lugar viene a ser como una puerta por donde los dioses con sus bendiciones vienen a la tierra. El cultivo de la tierra y el habitar en ella queda santificado por unas mágicas relaciones con el santuario. En contra de este estatismo, la asamblea religiosa de Siquem está proyectada fuera de sí hacia el tiempo. La alianza se mira como el don más extraordinario de Yahvé. El lugar sirve sólo de apoyo al mensaje.

Por ser la tierra una conquista y un don, la lucha por conquistar la tierra no termina nunca. El problema de confrontación, de fidelidad a la religión de promesa no cesará nunca. La lucha contra los baales, es lucha contra la idolatría y contra la mentira a Dios. Esto lo percibirá con fuerza el judaísmo posterior al destierro, y por eso opondrá cierta repulsa a los valores, unívocos del mundo helénico. El problema que sigue siempre al pueblo de Dios, el saber si por fin tendrá una «tierra», este problema hace de Israel el pueblo de la promesa. En este orden el libro de Josué supone una enseñanza profética, una acción de gracias inmarcesible al Señor que ha dado a su pueblo una tierra en la que es posible realizar y vivir la alianza:

«No nos apoderamos de la tierra por la espada.  
Fue tu diestra, tu brazo, la luz de tu rostro.  
Porque tú te complaciste en nosotros»

(Sal. 44, 4).

## RELIGION DE EPIFANIA Y RELIGION DE PROMESA EN EL LIBRO DE LOS JUECES

Dijimos que este libro es el documento bíblico que más al vivo nos describe la lucha entre el yahvismo y el baalismo. Víctor MAAG, *Malkût Jhwh* (1960) dice que Israel llevó a cabo un *sincretismo* entre la religiosidad nómada y la religiosidad campesino-cananea. De este sincretismo resultará Israel tal como lo conocemos en la época clásica.

MOLTMANN (o. c., p. 125) citando a MAAG, da una explicación sobre el alcance peculiar que tiene aquí el término *sincretismo*. Evidentemente no entiende por tal la fusión de elementos divergentes e irresolubles entre sí, sino que entiende un proceso de lucha entre dos formas de fe. El proceso histórico de lucha va a dar como resultado la singularidad de Israel. Esta consiste en el hecho de guardar los elementos cinético-vectoriales de la vieja religión de los nómadas, con ciertas expresiones de la religión naturalista cananea. En otras palabras ha habido un proceso de adaptación en Israel, adaptación al medio ambiente campesino pero sin abandonar al Dios nómada de la promesa. En difícil síntesis, siendo fiel a sí mismo, logra integrar: posesión y construcción de la tierra dentro de su fe yahvista. Mejor aún, como si esto fuera una nueva experiencia histórica de su religión fundada en la promesa.

Para Israel, la historia será siempre el fundamento de su fe. El credo tiene por objeto a la misma historia, y el acontecimiento viene a ser palabra de Dios. Por eso Israel está siempre tenso hacia el futuro, siempre en movimiento. Su credo, su historia se funden con la esperanza de la posesión de la tierra (cf. Deut 26, 3-10).

El libro de los Jueces nos constata que ha terminado la infancia del pueblo nacido en el Sinaí y fortalecido en el desierto. Suena ya para Israel la hora de las propias posibilidades y de la propia decisión. Así el mismo don de Dios es prueba. Sin embargo la prueba ofrece valencias: es una medida de la fidelidad, revela el interior. La prueba, al mismo tiempo que aflige, contrasta. El desierto fue prueba. Prueba será el tiempo de los jueces en cuanto que supone una confrontación con la religión de Canaán. De aquí se deduce un sencillo mensaje del hagiógrafo

del libro de los Jueces: la presencia cananea que es consecuencia de la infidelidad del pueblo escogido y de la cólera de Yahvé provocada por ella, a su vez nos revela si Israel es capaz de «seguir o no el camino de Yahvé». Esta situación paradójica es como una trasposición: Dios mantiene dificultades, oposiciones y hasta persecuciones en torno a su pueblo, para que éste no dormite y para que no se emboten sus fuerzas.

Las condiciones de lucha son propias de la existencia y obligan a Israel a una postura de vigilancia.

La guerra concreta la suscita una sedentarización de unas tribus nómadas invasoras. El libro de los Jueces nos describe esta situación de crisis. Esta crisis plantea el problema religioso de entonces, en términos sencillos, exactos y claros: es preciso saber si Israel está dispuesto a dejarse influenciar profundamente hasta el punto de perder su fe en Yahvé y optar por el culto a los Baales. La Biblia nos habla de la «tentación cananea».

Tentación porque el culto cananeo es atractivo y contagioso. Los baales representan y garantizan la vitalidad, la fertilidad, la fecundidad... en resumen todo lo que es misterio y deseo para el hombre. Como los israelitas acaban de convertirse en agricultores y los baales aparecen como dueños del suelo, del ritmo de las estaciones y del éxito en los cultivos, pueden sentir la tentación de pensar que su Dios nómada, señor de las montañas, del desierto y de los ejércitos, no conoce como los baales los secretos de las lluvias, los ciclos de las estaciones. Así ven como una necesidad el acudir a los famosos «lugares altos» para orar al patrón del manantial, del árbol, del bosque.

La situación del libro de los Jueces se prolonga a lo largo de la historia de Israel. Siempre la misma tentación: a la verdadera fe siempre le acecha el peligro de enfangarse en tradiciones humanas, como el arroyo se pierde en el cenagal.

## LOS NOMADAS EN EL PAIS DE CANAAN

Los israelitas recién entrados en contacto con la religión cananea, observan que tiene estas características: está íntimamente unida con las costumbres del país, por eso hay comunión íntima con el brotar de la vida. Se sirve en lugares sagrados

y significativos a ese dios identificado con la vida: manantial surgido de modo misterioso, cumbre dominadora de la colina próxima, árbol gigantesco y al parecer inmortal, bosquecillo de follaje y de verdor, sepultura célebre... Porque también el sepulcro inspira una actitud religiosa ya que se ve en la deposición del cuerpo en tierra una comunicación del cuerpo con las fuentes subterráneas de la vida.

No hay complejidades teológicas en la religión de Canaán, Abundan las imágenes y los símbolos de vida (sacrificios, magia, prostitución sagrada) en un culto que es una observación intuitiva de la naturaleza. Por muy cerradas que estuvieran las tribus de Israel, se multiplican sin cesar las ocasiones de contacto. El país es pequeño y bien comunicado, resulta pues imposible el seguir aislados y el rechazar toda relación. Como los santuarios de peregrinación gozan de gran fama y la multitud afluye a ellos los días de fiesta, resulta imposible para el israelita el no acudir a ellos con su familia. Poco a poco se va asociando a esos cultos que siente en el corazón y en la carne. Cultos eminentemente evocadores de los mitos profundos de cada uno, cultos que al mismo tiempo transportan al más allá. Parece natural reconocer al Baal de la región y rendirle homenaje, tanto más que esto no implicaba el renegar del Dios de los padres, pues el mono-teísmo teórico puede conciliarse con las complacencias de la vida.

Por la confluencia, por el sincretismo, y por otras causas los santuarios cananeos, Gígal, Siquem, Betel, Hebrón... van poco a poco transformándose en lugares dedicados a Yahvé. Los sacerdotes, ministros del culto quedan especialmente ligados a estos santuarios (cf. Am 7, 10). Se les consulta (es lo que significa la expresión bíblica: «ir a consultar a Yahvé»). Dan consejos en materia religiosa, ya sea en el sentido estricto de prescripciones rituales, ya sea en el sentido más amplio de relación con Yahvé, de la vida en la alianza santa. Profieren oráculos o decisiones en nombre de Dios y esto, incluso por medio de procedimientos adivinatorios como el «efod» y los «Urim-Tumin» (cf. Jue 18, 5-6; 1 Sam 22, 10). Son los guardianes de las costumbres. Los que conservan las tradiciones y las interpretan. En resumen la mejor imagen de toda la actividad sacerdotal está resumida en la admirable *bendición* que debe dar el sacerdote, según Nm 6, 22-27.

Con las actividades sacrales Yahvé expropia literalmente a las

divinidades locales. Hasta el punto de que a Canaán se la llama «tierra de Yahvé» (Os 9, 3) pero con una diferencia: los baales eran solamente dioses locales, estaban supeditados al lugar. En cambio, Yahvé toma posesión de Palestina por la sencilla razón de que le pertenece *toda* la tierra. Por eso El regala «como heredad» una determinada tierra a su pueblo». «La tierra es mía y vosotros sois en lo mío peregrinos y extranjeros» (Lev 25, 23). Por esta razón, para justificar la posesión de la «heredad» entregada a Israel, se tiene cuidado de ir ligando los diversos santuarios cananeos a los nombres de Abraham, de Isaac, de Jacob.

Como balance final, el contacto con Canaán ha servido para el progreso de la religión yahvista. Yahvé se ha enriquecido con muchos de los poderes que antes se atribuían a Baal. Ahora es el que da la «bendición» de las estaciones (cf. Os 2, 23.4) y para darle gracias la liturgia yahvista se enriquece. Ya no sólo se le sacrifica el primogénito del rebaño, sino también las primicias de los frutos. Con la asunción de formas culturales cananeas, la religión de Israel se expresa con más vida y más verdad.

Naturalmente que la ortodoxia yahvista varía según las regiones geográficas. Por ejemplo las tribus del norte y las de la transjordania son las que mejor se dejan asimilar por la población autóctona. Por el contrario, las más fieles al Señor Yahvé son las de la montaña central, Judá y Efraím. Pero en definitiva, con más o menos intensidad, es la común fe en Yahvé lo que construye la federación de las doce tribus. Así se demuestra en la asamblea de Siquem, convocada por Josué. Allí, las tribus confederadas, reunidas en aquel santuario venerable renuevan su alianza con Yahvé y adquieren conciencia de sus vínculos comunes frente a un mundo cananeo dispar y fraccionado. Esta conciencia está en la base de su continuidad religiosa: desde su «salida de Egipto» hasta el momento en que se convierten en nación y eligen rey. Esta conciencia está también en la base de su espíritu combativo en una guerra santa, tal como se ve en la campaña de Débora-Barq y en la de Gedeón. Se identifican acción belicosa y fervor e intransigencia en defender la causa de Yahvé.

Moltmann en su obra citada resalta el hecho inaudito de que el Dios de los hebreos, el de los nómadas es el que logra reem-

plazar a los baales en el mismo terreno de su competencia agrícola.

Es la prohibición de representar a Yahvé en imágenes lo que subraya la diferencia que existe entre la religión nómada y la de los agricultores. ¡Yahvé es el Dios único, el de la montaña, el del desierto, el de todas partes, sin imagen posible, el exigente, el incomprensible! Tal prohibición enfrenta de modo dramático a una religión dinámica e histórica, frente a otra naturalista y estática.

Los libros de los Reyes nos atestiguan ampliamente que la afición cananea de erigir imágenes culturales, llega a ser popular entre los israelitas. Estaban los *masebá*, o piedras erigidas (cf. 2 Rey 17, 10; 23, 14) y los *aserá* o estacas sagradas (cf. 1 Rey 15, 13; 16, 33). Eran representaciones de las divinidades masculinas y femeninas. Muy aptas para seducir al israelita tibio.

Vemos influencia cananea también en la tendencia que hubo de representar a Israel con la imagen de un toro, símbolo del poder viril (cf. 1 Rey 12, 28; 2 Rey 10, 29). Gedeón fabrica y erige un ídolo con metal precioso, el libro de los Jueces nos dicen sentenciosamente que los israelitas «caen en esta trampa», no obstante la intolerancia proclamada por Josué en la asamblea de Siquem (cf. Jos 24, 23) y sobre todo, del recuerdo del patriarca Jacob rechazando todos los ídolos cuando parte de Siquem hacia Befel (cf. Gen 35, 2-4).

Los principios de Siquem son la regla de la lucha religiosa que dura siglos. Habrá una masa de pueblo que no quiera lucha y que prefiera sus acomodos temporales, pero Dios espoleará a su pueblo enviándole profetas que no dejen la conciencia en paz. Esta psicología perpleja será orientada de un modo gráfico por Elías el profeta del norte: «¿hasta cuándo váis a estar cojeando de un lado y de otro? Si Yahvé es Dios, seguidle a él; y si lo es Baal, id tras él» (1 Rey 18, 20-21).

Hemos seguido, una vez más, a Moltmann en este paralelo. Dicho autor, a su vez, se inspira en Maag. Reconocemos con ellos que en estas líneas paralelas hay mucho de estereotipado y por tanto con elementos ideales. Pero hay también muchos datos que nos describen la tensión en que se encontraba Israel. No es para menos por las enormes diferencias que hay entre la vida seden-

taria de los pobladores autóctonos y el estilo rudo, pero íntegro que llevan los nómadas. El contraste resulta inevitable.

## LOS HOMBRES DEL ESPIRITU

A lo largo del A.T. el Espíritu aparece íntimamente ligado a la vida. Los jueces no son los hombres fríos y medidos del culto, sino los hombres carismáticos invadidos por el Espíritu.

— «Vino sobre él (Otonial) el Espíritu de Yahvé, y juzgó a Israel y salió a hacer la guerra» (Juec 3, 10).

— «El Espíritu de Yahvé revistió a Gedeón y tocó la trompeta y persiguió a los amalecitas» (Juec 6, 34).

— «El Espíritu de Yahvé comenzó a mostrarse en Sansón» (Juec 13, 25), y ataca a los filisteos.

Notemos que el Espíritu viene siempre de improviso. Luego sigue la acción guerrera y victoriosa causada por la acción divina. El Espíritu se muestra como una fuerza en la acción. Es la fuerza de Yahvé. Todo esto expresa con el lenguaje de la vida que es una fuerza sobrehumana, «sobrenatural». Don sobrenatural dado en vistas a la «tierra», imagen mítica fundamental de la religión de promesa.

Toda la Biblia, desde Gen 1, 2 hasta Apoc 22, 17, evoca la acción del Espíritu. Es una realidad «revelada», una actuación que sobrepasa la inteligencia humana. La *Ruaj* o el Espíritu de Yahvé viene a ser la manifestación por excelencia. Es Dios interviniendo en la historia del mundo y de los hombres. Es la mayor revelación de Dios, simultáneamente creador y salvador: Dios viene e interviene.

La religión cananea por ser estática, el hombre tiene que ir a buscar a Dios. Lo más que logra es una buena vecindad con él por medio de los lugares sagrados. Por el contrario, en la religión de Israel Dios es libre, se apodera del hombre por medio del «Espíritu». Dios lo suscita, todo lo dirige por medio de su *Ruaj* a la perfección.

El Espíritu de Dios es la única fuerza irresistible. La sola fuerza que merece ser llamada «fuerza». De ella brota la vida y la fecundidad. La *Ruaj* de Dios interviene en la historia de los hombres para que esta historia llegue a su fin. Lo mismo que

un día suscitó unos «jueces» inspirados, suscitará —cuando sea necesario— a otros hombres. Porque en Israel no valen las «ideas» abstractas, sino los acontecimientos salvíficos.

### MENSAJES DEL «MALAK YAHVE»

En Israel se está persuadido de que no es posible ver a Dios o siquiera escuchar, sin sobrevivir a tal choque. Por eso no se representa el encuentro con el Dios vivo. Tal idea frecuentísimamente se hace con la ayuda de la «aparición del ángel de Yahvé». Es decir, con su mensajero, que a veces en el curso de la narración, se identifica con Yahvé mismo. Todo es misterioso. Dios se dirige a los hombres, éstos, al principio, no perciben que es una manifestación de Dios. Luego algunos datos terminan por revelar una presencia divina. La brusca adquisición de conciencia de la situación provoca un gran miedo religioso. Se considera «santo» el lugar donde Dios se ha manifestado. El testigo de la «visión», o el oyente de la «palabra» se apresura a edificar allí un altar.

Con estos medios elementales los hagiógrafos describen los «encuentros» con Dios. Se sirven de clichés estereotipados, de antropomorfismos que si bien denotan una mentalidad religiosa elemental, son al mismo tiempo vehículos de gran expresividad para narrar una vivencia.

El texto Juec 2, 1-5 es un ejemplo por excelencia de todo esto. Del antiguo santuario cananeo de Gálgala (cf. Jos 4, 19; 5, 10) viene un mensaje deuteronomico que gira en torno a la alianza. Los términos sagrados como «juramento hecho a los padres», «romper la alianza», «destruir altares», «obedecer o no obedecer la voz de Yahvé» vienen con toda facilidad.

En el discurso del mensajero están implícitos estos temas.

- liberación de la servidumbre de Egipto.
- pacto de Yahvé con su pueblo.
- no tener compromiso con los infieles.

Todos estos temas se pueden resumir en este mensaje: debéis tener libertad civil y religiosa para servir libremente a Dios, en la tierra que El os ha concedido conforme a su promesa.

El texto sagrado que dice que las palabras de Yahvé no ha-

bían sido escuchadas, explica la situación minoritaria de los israelitas en el país. En los libros de los reyes vemos que el culto de los baales está muy floreciente en Israel, esto explica los continuos reproches dirigidos a los monarcas, seguidos de advertencias y amenazas (cf. 1 Rey 11, 5-8; 14, 9-15.22-24; 16, 26.31-33; 22, 44.54; 2 Rey 12, 4; 14, 4; 15, 4.35; 16, 3; 21, 2-6.21-22). Los reyes apenas luchan contra la idolatría. Una verdadera excepción serán la reforma de Ezequías y la de Josías (cf. 2 Rey 18, 4. 22-23). El substrato de la reforma se reduce a «purificar» en los lugares de culto el culto que es debido a Yahvé. Yahvé se muestra intransigente porque el paganismo del medio ambiente pone en peligro a su comunidad. Sólo así podemos entender la orden del «Malak Yahvé» de derribar los altares cananeos. El mandamiento intolerante de Dios es un precepto de autodefensa, una advertencia contra las corrupciones de la fe y del culto. Tal precepto en realidad no va contra nadie, sino que está en favor de la fidelidad a Yahvé, de la fidelidad a la alianza y a la vida.

#### SINCRETISMO EN ISRAEL

Ya hemos notado más arriba el alcance específico de este término en la comunidad. En este nuevo apartado queremos también señalar con el término las huellas de influencia cananea en la religión israelita. Por ejemplo, el libertador Gedeón, que por otra parte tiene el sobrenombre de Jerobaal (cf. Juec 6, 23)<sup>2</sup>, se siente cogido por el Espíritu para cumplir esta orden del «Malak Yahvé» de derribar el altar de Baal.

«Derriba el altar de Baal que tiene tu padre y corta la asera que hay cerca, y construye con la leña un altar a Yahvé, tu Dios, en lo alto de este fuerte» (Juec 6, 25b-26a).

Hasta ese punto había penetrado en los israelitas la religión naturalista de Canaán. Joás, padre de Gedeón tiene un santuario

---

2. No se vacila en dar a los israelitas compuestos del nombre de Baal. Ej.: Jerobaal, Isbaal, Miribaal, Baalyadá, Baaljaná (cf. 1 Crón. 8, 33-34; 9, 39-40; 14, 7; 27, 28). En Os. 2, 18-9 se llama a Yahvé «Baal», es decir, señor, esposo, propietario, amo.

en una altura en donde se venera al Baal de la región y a su pareja o *asera* correspondiente. La operación de Gedeón se tiene que llevar a cabo prudentemente de noche. No hay que provocar la cólera de los devotos. Sorprendentemente, Joás reacciona con fidelidad yahvista. Sus palabras en defensa de Gedeón nos remiten a la lucha de Elías contra los profetas de Baal; plantea el problema religioso de forma existencial (Juec 6, 31). Una vez más, comprobamos que el grande y continuo problema a lo largo de la historia de Israel es el ser fiel al Dios de la promesa.

El sincretismo real de que hablamos no puede ir más allá de una asimilación de cultura y de condiciones de vida, no puede cambiar la actitud profunda nacida por la fe en una promesa histórica. No puede faltar en Israel por tanto la esperanza escatológica, es decir metahistórica, esa que se afirma en los diversos acontecimientos.

La misma ciudad sagrada de Siquem será testigo de estas luchas y de estas fidelidades: En Siquem se renueva la alianza como conciencia de una continuación histórica con el Siná. En Siquem, Abimelek, hijo de Gedeón, buscando el servirse de la alianza, en lugar de servirla, proclama su efímera monarquía. Cuando esta ciudad se rebelde contra el déspota, Abimelek se enseñará contra Siquem y la destruirá sembrándola de sal. Paradójicamente, los insurrectos buscarán inútilmente refugio en el templo del «Baal-Berit» (el Señor de la alianza).

Pero la perspectiva que voluntariamente hemos elegido para analizar el libro de los Jueces nos lleva a considerar especialmente uno de los apéndices del libro que nos habla del origen del santuario de Dan, caps. 17-18.

El santuario de Dan era el santuario nacional oficial, reconocido por Jeroboán I a una con el de Betel. Era la contra réplica del de Jerusalén (cf. 1 Rey 12, 29; 2 Rey 10, 29; Am 8, 14). Este santuario se consideraba como cismático y hasta como idolátrico por los yahvistas ortodoxos.

Este apéndice nos narra de forma pintoresca el origen del templo. Se adivina una intención fuertemente irónica en el hagiógrafo. Por otra parte el relato nos da idea de muchos de los usos y abusos culturales que había en el Israel cananizado.

El efraimita Mica sigue en su culto los caprichos y las invenciones personales. No se sujeta a unas tradiciones ni a unos

ritos. Por otra parte, ni Mica ni su hijo son sacerdotes de oficio. «Como no había rey en Israel hacía cada uno lo que le parecía bien», en su capilla doméstica (cf. Jue 17, 6). Por eso se sienten elevados de categoría cuando un levita profesional, aunque sin empleo, se liga a ellos.

Pero un grupo emigrante de danitas pasa, mala suerte para Mica y su hijo, por este santuario. Tiene la decisión de robarle el culto y el ministro. El levita a sueldo se deja convencer fácilmente por ellos porque «¿Qué te es mejor, ser sacerdote de la casa de un solo hombre o serlo de una tribu y de una familia de Israel?» (Juec 18, 19).

A través de todos estos procedimientos y tropelías se adivina la decisión de los danitas de «servir a Yahvé» en la nueva ciudad del norte, conquistada por ellos y que llamarán Dan.

La forma en que se desenvuelve el relato: robo de un «ídolo», es una ironía y un descrédito para ciertas formas religiosas del reino del norte. Sabemos por Amós —antes de la caída de Samaría— que es idolátrico el culto en Dan. Cuando llega el fervor de la reforma deuteronomica a Judá, se considera a este templo como una aberración. Según ella, el único culto puro y ortodoxo es el que se hace en Jerusalén, exclusiva continuación legítima del culto de Silo, cuando estaba allí el arca de la alianza (cf. Jue 18, 31).

## LA PALABRA DE LA PROMESA

En este breve estudio hemos visto que promesa es la palabra clave de la religión de plenitud de Israel. ¿Qué es «promesa», «promesa del Dios que nos guía»? Para aclarar este concepto clave vamos a seguir las pistas que nos traza Moltmann (o. c., pp. 133-137).

1. Esencia de la promesa para construir una religión dinámica de plenitud es anunciar una realidad que no existe. La religión se proyectará necesariamente hacia el futuro.
2. Plenificará al hombre dándole un sentido para captar la historia, o por mejor decir la «historicidad de su propia existencia».
3. Por eso mismo no puede haber egocentrismo ni retorno

indefinido hacia sí mismo y sobre lo mismo, sino una dirección irreversible hacia lo que está por llegar.

4. Toda experiencia, y más si es dolorosa, se ve como mensaje, como garantía de lo que está por llegar, y en lo cual se hallará el reposo.

5. Este espacio intermedio, ámbito de experiencias y dolores, está caracterizado por la tensión. Por ello el signo del tiempo es la libertad, es decir la posibilidad de escuchar o no escuchar la promesa. El espacio intermedio se convierte por ello también en tiempo de paciencia.

6. Por estar ligada la promesa al Dios libre y al tiempo, la fidelidad a esta promesa trasciende todo sistemático jurídico inflexible. La fidelidad está atenta a lo sorprendente, a la irrupción libre de Dios en la historia.

Por todo esto las promesas del AT no se liquidan con la historia de Israel, con los desengaños y los incumplimientos, sino que estas promesas son susceptibles de tener interpretaciones siempre nuevas y más amplias que la historia pasada. Concretamente por esto las tribus de Israel al conquistar el país de Canaán no cambian el Dios de la promesa por los dioses de Canaán. La promesa se está siempre cumpliendo en situaciones nuevas y diversas.

La religión de Israel está tocada por el soplo del futuro, por eso siempre está inquieta y pide por encima de todas las vivencias un cumplimiento. Siempre el todavía-no de la expectación rebasará el cumplimiento acaecido ya ahora. Por eso toda realidad, toda experiencia, ya acaecida, se transforma en confirmación, interpretación y liberación de una esperanza mayor.